

# Capítulo 1

*Mayfair, Londres*  
1819

*E*ra el mejor baile; y era también el peor. Era el baile de graduación que la Academia Scarfield para jóvenes damas celebraba anualmente en Londres. Era una velada de esperanza y la señorita Charlotte Boscastle se había propuesto que no acabara mal. Era una velada de principios y despedidas.

Como directora de la academia, Charlotte recibiría elogios por su labor como instructora de una nueva promoción de señoritas que pronto sería presentada en sociedad. Sería alabada por las propuestas de matrimonio ofrecidas a sus alumnas como resultado de su exquisita y elitista enseñanza.

Por otro lado, se la señalaría como culpable de cualquier escándalo que mancillara el buen nombre de la academia. Su principal enemiga, lady Clipstone, propietaria de una academia de la competencia de inferior categoría, había predicho en los periódicos que en el acto se produciría algún descalabro social. El hecho de estar acompañada por sus familiares no servía de consuelo a Charlotte: la ciudad entera sabía que los Boscastle vivían rodeados de controversia. Se decía que cuando dos Boscastle coincidían en una reunión, el diablo siempre acababa jugando un papel activo.

Pero aun así, le estaba agradecida a su primo, el marqués de Sedgicroft, por haber accedido a que el acto se celebrara en su mansión de Park Lane. Y valoraba también el detalle de que hubiera invitado a

su batallón de amigos para llenar el salón de baile e impresionar a las chicas.

El futuro social de aquel grupo de jóvenes damas estaba en manos de Charlotte por una última noche. De ella dependía apagar cualquier llama de atracción hacia el sexo opuesto que pudiera surgir antes de que ardiera con fuerza y se convirtiera en una grave falta de decoro.

—Señorita Boscastle, ¿me dais permiso para salir al jardín?

—No, Amy, no te lo concedo, te lo he dicho mil y una veces. Imposible, excepto que lo hagas debidamente escoltada.

—Aquí dentro hace un calor sofocante.

—Bebe más limonada.

—Verity ha bebido champán.

—Verity —dijo Charlotte, inspeccionando el salón en busca de la última alumna que la academia había acogido recientemente procedente de beneficencia y que, a la vez, era la más problemática—, pasará todo el día de mañana encerrada en su habitación como castigo.

Sabía que no debería haber permitido la asistencia de las más jovencitas. ¿Cómo iban a ser capaces de concentrarse mañana en clase? La señorita Peppertree tenía razón. Solo habría que invitar al baile a las graduadas.

—Señorita Boscastle, se me ha roto la chinela. ¿Qué hago? ¿Le pregunto a la marquesa si podría prestarme un par?

Charlotte la miró con mala cara.

—Sí, si es que consigues encontrarla... sin abandonar el salón, por supuesto.

—Verity está en la terraza, señorita.

—Oh, santo cielo —murmuró Charlotte—. ¿Dónde se habrá metido la duquesa de Glenmorgan? Me prometió que la vigilaría muy de cerca.

Tal vez, después de aquella noche, Charlotte podría por fin respirar un poco. Para bien o para mal, las graduadas se aventurarían en sociedad y cargarían sobre sus propias espaldas con la responsabilidad de su reputación. De haber sido posible, habría dibujado un mapa completo en el que aparecieran todos los escollos que una joven dama podía encontrar al salir de la academia. Representaría en él una estrecha senda repleta de cruces de caminos. «AVENIDAS DE ASUNTOS PROHI-

BIDOS», «OSCURAS INCURSIONES HACIA LA DECADENCIA» y «REPUTACIONES DEVASTADAS». Hasta que no amaneciera, tenía la obligación de montar guardia contra cualquier bribón dispuesto a aprovecharse de alguna chica inexperta. Le tenía echado el ojo a uno en particular. La había mirado en una sola ocasión. El duque de Wynfield era sin duda el invitado más elegante y atractivo del baile, y Charlotte no estaba dispuesta a permitir que tentara a alguna de sus graduadas o la distrajera a ella de sus obligaciones.

Se preguntó si el duque recordaría la última vez que se habían visto, en las galerías comerciales del Strand. No habían intercambiado ni una palabra. Aquel día, Charlotte había ido de compras para la academia. Él, por su parte, estaba comprando un par de prostitutas y llevaba una agarrada a cada brazo.

El duque había besado a una de aquellas fulanas en el cuello y se había limitado a sonreír cuando Charlotte, en el otro extremo del mostrador, se había quedado boquiabierta ante tal escena.

Horas más tarde, a su regreso a la academia, había anotado el incidente en su diario, como era su costumbre, cambiando algún detalle aquí y allá hasta que, al final, el hecho había acabado guardando escaso parecido con la versión inventada por ella, que siempre resultaba mucho más satisfactoria. Charlotte llevaba un diario desde que sabía escribir y disfrutaba con el arte de exagerar los acontecimientos más normales.

Cuando sus primas Boscastle la invitaron por primera vez a Londres cinco años atrás, sus hazañas amorosas la dejaron tan cautivada, que decidió plasmar en su diario toda la historia familiar. Ahí no hubo necesidad de realizar mejoras. Seguir los constantes escándalos de la familia suponía todo un reto. Era como si la prole entera hubiera llevado una vida secreta como espía o amante de alguien. Charlotte había tenido que enfrentarse a un doloroso hecho: por mucho que admirara a su parentela, era evidente que ella, en comparación, había llevado una vida triste y deprimente.

Necesitó un mes para superar sus inhibiciones y permitir que la pluma escribiera lo que debía. Sus diarios se llenaron a rebosar de verdades ilícitas y placeres ajenos. En las páginas de sus reflexiones íntimas, el duque no solo la adoraba, sino que además llevaba meses persiguiéndola. En la vida real era dominante, indecente y estaba irremediable-

mente prendado de mujeres de fama deplorable. En sus encuentros ficticios con Charlotte, era dominante, indecente y estaba irremediablemente prendado de ella. Y de nadie más.

En la versión que Charlotte había escrito acerca del incidente en las galerías comerciales, el duque había despedido de inmediato a sus acompañantes en cuanto la había visto en el otro extremo del mostrador. Se había acercado a ella y, sin mediar palabra, le había cogido la mano.

—Tengo el carruaje fuera —le había dicho, su sonrisa pecadora hipnotizándola—. ¿Me permite acompañarla?

Su rostro se desvaneció. Otra voz, jadeante y excitada, estaba susurrándole ahora al oído:

—Está mirando al duque de Wynfield, señorita Boscastle. Vaya con mucho cuidado. Todo el mundo dice que anda buscando una amante.

Charlotte cogió el abanico y se giró para mirar con consternación a su alumna favorita.

—Lydia Butterfield, tranquilízame y dime que no la ha encontrado en ti.

Lydia esbozó una melancólica sonrisa.

—Mi querida señorita Boscastle, la echaré de menos con todo mi corazón.

—Echarás de menos mis consejos, eso es evidente.

—Ya no los necesitaré —replicó con pesar Lydia—. Pero sí echaré de menos sus lecciones de historia.

—¿Las batallas y las decapitaciones? —preguntó Charlotte, moviéndose hacia un lado para impedir que Lydia mirase al duque. O que él se percatase de la presencia de la chica—. No te pongas tan melodramática o me echaré a llorar. Tu familia vive en Londres. Podrás visitar la academia siempre que te apetezca.

—Mi familia... más bien dicho, los padres de mi prometido, viven en Dorset, y él está ansioso por fundar una familia...

—¿Tu prometido? —dijo con debilidad Charlotte.

Lydia se mordió el labio y movió la cabeza en dirección a un caballero bajito que estaba a escasos metros detrás de ellas.

—Sir Adam Richardson, el arquitecto.

—Lydia, me das tanta...

¿Envidia? Sí, se avergonzaba de sentir un poco de envidia de Lydia. Pero estaba también feliz por una chica cuya dulzura temía que pudiera hacerla vulnerable o no deseable en el mercado matrimonial.

—Me siento orgullosa —dijo con determinación—. Parece un caballero agradable.

Lydia se echó a reír, su mirada desviándose hacia el duque, que no era precisamente conocido por ser caballeroso.

—Dicen que es un amante tremendamente celoso.

—¿Tu prometido?

—El duque —dijo Lydia, riendo de nuevo—. Tiene reputación de ser un pretendiente muy posesivo.

—Lydia.

Charlotte intentó hacerse la sorprendida, aunque aquellos rumores no le habían pasado por alto. Tales chismorreos deberían haber marcado al duque como una persona inaceptable y no engendrar maliciosas fantasías en su imaginación. ¿Por qué le resultaría tan agradable visualizarlo arrancándose su frac para defenderla de...? Oh, tratándose de sus ensoñaciones extravagantes, el otro hombre bien podía ser Phillip Moreland, el canalla que le partió el corazón hacía años.

Se imaginaba la escena a la perfección. Despejarían el salón de baile para preparar el duelo; el duque había estudiado esgrima en la Escuela de Armas de Fenton. Charlotte había sido testigo de sus habilidades en el transcurso de un baile de beneficencia celebrado en aquella misma mansión. No había tenido nada que hacer con él en aquella antigua velada y dudaba que pudiera llegar a captar su interés en el futuro.

—No creo que ni tú ni yo tengamos que preocuparnos por las inclinaciones amorosas del duque —le garantizó a Lydia, pronunciando las aciagas palabras que acabarían mofándose de ella antes de que amaneciera el nuevo día...



## Capítulo 2

Gideon dudaba haber causado una buena impresión a la señorita Charlotte Boscastle el día que se cruzó con ella en las galerías comerciales. Para empezar, la noche anterior había bebido en exceso y su cabeza retumbaba como el taller de Efestos. Por otro lado, iba vestido para entrenar en la escuela de esgrima y en compañía de dos prostitutas que estaban pegadas a él como si las llevara esposadas, objeto que no sabía muy bien si habían utilizado o no por la noche. No se acordaba.

Era consciente de lo indecoroso de su aspecto aquel día en las galerías comerciales de sir Godfrey Maitland. Godfrey, antiguo alumno del salón de esgrima de Fenton, le había lanzando una mirada de reproche desde el otro lado del mostrador.

—Hay muchas damas en el establecimiento, excelencia —le había dicho con segunda intención.

Y había sido entonces cuando Gideon se había percatado de la presencia de Charlotte, que había mirado a sus acompañantes y había levantado la nariz como si hubiera olisqueado una amenaza nociva capaz de contaminar a las jóvenes damiselas que se apiñaban a su alrededor.

Él la había saludado inclinando la cabeza, aunque en vano. Y luego había besado en el cuello a una de las fulanas con la esperanza de provocar alguna reacción en la rubia dama del sombrerito de paja. Lo había conseguido.

Se había quedado boquiabierto y había retrocedido para situarse como un escudo delante de sus pupilas. Gideon había respondido con una perezosa sonrisa canallesca que había logrado provocar un rubor en la tez de porcelana de ella.

—Has visto eso —le murmuró entonces a la mujer que llevaba a la derecha—. No sabía que quedaran en Londres damas capaces de sonrojarse.

—No se comporte como un libertino, excelencia —le susurró sir Godfrey desde detrás del mostrador—. Se trata de la señorita Charlotte Boscastle. Ya sabe lo mucho que le debe el maestro a su familia.

—¿Y quién no? —reflexionó el duque.

—Es también la directora de la Academia Scarfield para jóvenes damas.

—¡Santo Cielo! —exclamó Gideon alarmado, enderezándose—. Una dama con cerebro que funciona. ¿Quién me protegerá?

Una de las fulanas rió como una tonta.

—Cómo si alguien pudiera amenazar a un hombre de su grandeza. La miró con sorna.

—Sospecho que la palabra que acabas de utilizar no significa lo que crees que significa. En cualquier caso, mejor no hablar de mi «grandeza» en público.

Se había pasado la tarde riéndose de aquello; y lo había olvidado por completo hasta aquella noche. Había estado ocupado entrenando en la academia de Fenton y a pesar de que, sin duda alguna, la ruborizada directora le había llamado por un momento la atención, Gideon andaba buscando un tipo de amante totalmente distinta. No buscaba una mujer que obedeciera reglas en la cama, sino que las quebrantara y creara además reglas nuevas. Aunque no le importaría que tuviera cerebro.

Por lo tanto, le había sorprendido reconocer a Charlotte en el instante de poner el pie en el salón de baile. Había damas jóvenes por doquier. Ni siquiera recordaba el nombre de las polluelas que le acompañaban aquel día en las galerías comerciales, y eso que la intimidad que había mantenido con la pareja era mucho mayor de la que pudiera haber mantenido con aquella gélida doncella.

Charlotte Boscastle. La miró directamente una vez. Ella le devolvió la atención con un semblante ceñudo capaz incluso de agriar la leche. Debería habérselo pensado mejor antes de acudir a una fiesta en honor de unas cuantas colegialas. Mejor haría saliendo a dar una vuelta por el cenador para charlar con las estatuas griegas. De este modo, cumpliría al menos con su obligación como invitado a la fiesta, a la que habían



sido llamados todos los jóvenes solteros de alta cuna, y así no causaría problemas.

Pero en cuanto tomó la decisión de escabullirse, los problemas se le presentaron en otro formato. Lord Devon Boscastle se separó de su camarilla de amigos y se interpuso en el camino de Gideon.

—No puede marcharse todavía, Wynfield. Ni siquiera hemos hablado. Confío en que no esté evitándome. El otro día, en el entreno, no era mi intención clavarle la espada.

—¿Intenta llevarme a algún rincón oscuro?

Los ojos azules de Devon brillaron con diabólicas intenciones.

—Lo siento, pero soy un hombre casado. Como también debería serlo usted a su edad.

Gideon dudó.

—Estuve casado.

Yo... Oh, Dios mío. Sí, lo sabía. Lo siento —dijo Devon con torpeza—. No era mi intención...

—No pasa nada, Devon. Hace casi cinco años. Por aquel entonces, ni siquiera os conocía.

Devon bajó la voz. Era el hermano bromista de la familia Boscastle, el amigo guasón y gracioso, que se había convertido en devoto esposo y padre de una niña. Pero como pecador regenerado, todavía le gustaba cometer travesuras siempre que podía y Gideon, junto con los demás amigos de Devon, se había acostumbrado a esperar lo inesperado de él.

—¿Qué planes tiene para esta noche, Gideon? —preguntó en tono benigno.

—Una huida. De esta fiesta.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Mire a su alrededor. Estamos superados en número por criaturas inocentes, esto está repleto de vírgenes bien educadas que, desde el punto de vista de un soltero, constituyen el ente más peligroso de Londres.

—Yo lo consideraría justo en el otro sentido —dijo Devon—. Un libertino puede conducir fácilmente a cualquiera de estas criaturas inocentes hacia la rosada senda del coqueteo. Lo único que tendría que hacer es seguir los pasos que Grayson dejó marcados en la alfombra antes de recorrer el pasillo.

—No estoy para doncellas en estos momentos. De todos modos, usted está casado, un hecho que anula por completo cualquier consejo que pudiera ofrecerme.

—Hágame un favor, Wynfield.

El primer instinto de Gideon fue negarse en redondo.

—Sé lo que va a decirme.

—¿De verdad?

—Sí. Me pedirá que me mantenga alejado de la señorita Boscastle. Debí de contarle que me paseé delante de ella del brazo de un par de fulanas. En ningún momento fue mi intención provocarla.

Devon arqueó una de sus oscuras cejas.

—¿Dónde demonios sucedió eso?

—En las galerías comerciales.

Devon se quedó un instante pensando.

—Ella no me ha mencionado ni una palabra del tema. No debió de causarle mucha impresión.

—Creo que sí, aunque no buena —dijo Gideon—. Si lo que pretende es prohibirme que flirtee con su prima, no se preocupe. No estoy ni siquiera remotamente tentado a hacerlo.

—Un comentario algo insultante —replicó Devon.

Gideon se echó a reír.

—¿Preferiría que le dijera que su prima incita mi deseo?

—No. De hacerlo, probablemente me sentiría obligado a permanecer a su lado. Grayson me ha pedido que no le quite el ojo de encima a cualquiera que pudiera parecerme sospechoso.

—En ese caso, debería haberle proporcionado un espejo.

—La mujer que no incita su deseo no está casada, pero tiene tres hermanos mayores que están tramando acabar cualquier día de estos con su infeliz soltería.

—¿Están aquí esta noche? —preguntó Gideon.

—Los dos mayores están de viaje hacia Londres procedentes de Sussex. Jane espera su llegada en el plazo de una semana. Creo que el plan consiste en encontrarle esposo a Charlotte lo más rápidamente posible. Le seré sincero: ella no se lo pondrá nada fácil. Dudo que sea capaz de incitar el deseo de alguien.

Ambos miraron a la vez a Charlotte y acto seguido apartaron la vista.

—¿Y eso le preocupa? —dijo Gideon, preguntándose adónde quería ir a parar Devon, si acaso pretendía ir a parar a alguna parte.

Devon movió afirmativamente la cabeza.

—Sí.

—Pues no me mire a mí. Ya estuve casado en una ocasión y tengo además una hija.

—Al final, si es que quiere un heredero, tendrá que acabar casándose. —Devon tosió para aclararse la garganta antes de seguir hablando—. ¿Me haría un favor, Wynfield?

Gideon no respondió. Ahí estaba. Una vez más, los instintos de Gideon le alertaban de actuar con precaución, mientras que su razón le decía que Devon era pícaro, pero no malicioso.

—Esta noche tengo intenciones de reunirme con mi futura amante en casa de la señora Watson.

—Lo que significa que esta es su última noche de libertad.

—¿Perdón?

—Una amante puede llegar a ser más exigente que una esposa, sobre todo si sabe hacer bien su trabajo. Mientras seguimos aquí charlando, sus preciosas horas de libertad se escapan como arena entre los dedos.

—Tiene toda la razón. Lo que me lleva a preguntarme por qué estoy desperdiciando con usted momentos de oro como estos.

—¿Lo hará?

—¿El qué? —preguntó Gideon.

—¿Pedirle a mi prima Charlotte que le conceda un baile?

—¿Un baile? ¿Es eso todo? ¿Por qué una dama de reputación tan exquisita querría bailar conmigo? —preguntó Gideon con mucha calma.

—No sé si querría —respondió Devon—. Pero a toda la familia le gustaría verla bailar.

¿La familia?

Gideon habría jurado que una mano invisible tiraba del cuello de su camisa y que la llama de la vela de uno de los recargados candelabros de pared chisporroteaba hasta extinguirse.

—Esta noche hay muchos caballeros disponibles por aquí. ¿Por qué yo?

— En primer lugar, porque es un duque, y en segundo lugar, porque además es mi amigo. Si los invitados se llevaran la impresión de que mi prima es capaz de intrigar a un hombre como usted, es muy posible que algún que otro caballero decente la viera con otros ojos.

— No pienso ofrecerme para cortejarla. Y me parece que acaba usted de insultarme.

Devon negó con la cabeza.

— No estoy pidiéndole que la corteje.

— No me fío de usted, Devon. Me parece el diablo en busca de un instrumento y le advierto que soy capaz de encontrar a mi propio diablo sin necesidad de que usted se meta de por medio.

— Lo único que quiero, en realidad, es que le preste un poquito de atención a nuestro solitario alhelí.

— Pues me parece que el alhelí acaba de mirarme con mala cara.

— No —dijo Devon—. La mirada iba dirigida a mí. Sabe que estamos hablando de ella.

Gideon se aferró a su postura.

— Entonces, iba dirigida a los dos. Tal vez debería buscar otra estrategia... y con ello estoy sugiriéndole que busque otro caballero. Que sea otro quien derrita su...

— ¿Por qué lo dice? —preguntó Devon, enarcando una ceja.

— Me recuerda una doncella helada. Prefiero las damas calientes y dispuestas.

— La verdad es que tiene el corazón frío en lo referente a permitir la visita de caballeros a la academia. Pero no la culpo por ello. Creo que es tímida. Vaya a comprobarlo por sí mismo.

Gideon no se movió.

— Sé que todo esto no tiene mucho sentido...

— Lo que acaba de decir me parece un eufemismo.

— ... pero no existe otro caballero lo bastante valiente como para abordarla.

— No me extraña, si se dedica a arengarlos para que la admiren desde el otro extremo del salón.

Devon sonrió.

— ¿Reconoce, entonces, que estaba admirándola?

Gideon se quedó mirándolo inmerso en un pético silencio.

—Pídale, por favor, que le conceda un baile.

—¿Por qué no lo hace usted?

—Soy su primo y si le pido que me conceda un baile, todo el mundo sabrá que es porque nadie más se lo ha pedido.

—Tal vez no desee bailar.

—Por supuesto que lo desea.

Gideon dudó.

—¿Por qué tengo la sensación de que estoy a punto de caer en una trampa? ¿Y por qué no le pide a cualquiera de los solteros presentes en el salón que haga los honores? De todos los varones invitados, no cabe duda de que soy el que tiene peor reputación. Excluyendo, por supuesto, a quien me acompaña en estos momentos y a su familia.

—Exactamente —confirmó Devon, como si Gideon acabara de descubrir la fórmula alquímica de la piedra filosofal—. La mayoría de los invitados varones puede calificarse de destacado ejemplo de conducta caballeresca.

—Pero yo...

—Usted no. Es, sin embargo, una persona que llama la atención. Dese por vencido, Gideon. Charle con ella hasta que los pretendientes deseables se percaten de ello. Estaré animándolo desde un rincón.

—¿Estamos, quizás, en un evento deportivo?

—En nuestro mundo, cada vez que un hombre y una mujer se conocen, el encuentro puede acabar convirtiéndose en una competición.

La anfitriona de la fiesta, Jane, marquesa de Sedgicroft, admiraba la reunión desde la galería situada por encima del salón de baile. A su lado, un sentimiento agorero ofuscando su habitual buen humor, estaba Harriet, duquesa de Glenmorgan, antigua alumna y antigua directora de la academia. Harriet había sido la primera chica procedente de beneficencia aceptada y graduada en la elitista institución. En el transcurso de su formación, que francamente no le llegaba ni a la suela del zapato a todo lo que había aprendido en las calles, Harriet y Charlotte habían forjado un inesperado vínculo de amistad.

Charlotte había nacido en el seno de una familia privilegiada. Jamás en su vida había pronunciado una palabra malsonante. Harriet había

robado para sobrevivir hasta que la academia la rescató de la calle. Las palabrotas que escupía cuando se la provocaba habrían avergonzado incluso a una pescadera de Billingsgate. Charlotte le había enseñado a Harriet la virtud de someterse a sus superiores. Harriet le había enseñado a Charlotte el valor de dejarlos anonadados.

Harriet conocía prácticamente todos los secretos de Charlotte y, sin embargo, ella no le había contado a Charlotte ni la mitad de los suyos.

—¿Por qué siempre se pasa todos los bailes sin compañía? —Se lamentó Jane, mirando con consternación a Charlotte—. ¿Podría haber escogido un vestido menos atractivo? ¿Habrás aprovechado las sábanas de su abuela para confeccionarlo?

—Me recuerda las velas del yate de Grayson.

—Las chicas están a punto de presentarse en sociedad... —dijo Jane con un suspiro—. Ojalá encontrase la manera de convencerla de que saliera de su cascarón. O como mínimo de disuadirla de que esconda su preciosa cabellera en ese moño y deje de volcar todos sus esfuerzos en casar a sus alumnas y no a sí misma. Y, Dios mío... —Jane se estremeció—. Esas sandalias.

—En el último momento no ha encontrado sus chinelas de noche y ha tenido que improvisar —dijo Harriet, poniéndose a la defensiva—. Tiene los pies grandes. Le ha sido imposible calzarse otra cosa.

—Eso no es excusa para llevar un calzado tan poco atractivo. Le he ofrecido los servicios de mi zapatero italiano un montón de veces. ¿Cómo pretende atraer al caballero adecuado si parece una... una...?

—... una diosa —remató Harriet con una sonrisa de fidelidad—. Es alta y de constitución fuerte. No hay muchos caballeros con la confianza necesaria para abordar a una mujer como ella.

Jane sonrió y posó la mano sobre la de Harriet.

—Tiene en ti su más fiel partidaria. El hombre perfecto para ella tiene que existir en alguna parte. Sus hermanos han amenazado con traer a Londres a su antiguo galán si no se compromete antes de que acabe la temporada. Nadie quiere verla confinada a una vida de soledad.

—Charlotte jamás se casaría con su antiguo galán.

Jane se quedó mirando el perfil de Harriet.

—¿Cómo lo sabes?

Harriet encogió sus blancos hombros.

—Es una simple suposición.

—¿Te ha mencionado algún nombre? —preguntó Jane, pensativa.

—¿A mí?

—No, Harriet, a Napoleón Bonaparte. No te hagas la cohibida.

Harriet repitió su gesto de indiferencia.

—De acuerdo.

—¿Y?

—Si en alguna ocasión me ha mencionado a alguien, ahora no recuerdo el nombre.

—Ah. —Jane esbozó una sonrisa de satisfacción—. Puedes confiar en mí, Harriet. Aunque no pretendo traicionar secretos.

Harriet se inclinó sobre la barandilla de hierro forjado.

—¿Quién es ese atractivo caballero que está hablando con Devon en el vestíbulo de acceso al cenador?

Jane enarcó una ceja.

—¿Debería importarme?

—Tal vez sí. O tal vez no.

Jane entrecerró los ojos para defenderse del brillo de los candelabros y fijó la mirada en los dos hombres vestidos de oscuro que seguían enfrascados en una conversación.

—Creo que... oh, Dios mío. Es el duque de Wynfield. Devon y él practican esgrima en Kit. ¿Crees que...?

Harriet cerró la boca con fuerza. Era una suerte no haber tomado otra copa de champán. Se moría de ganas de contarle a Jane la atracción secreta que el duque inspiraba en Charlotte. Pero había prometido no hacerlo, y era una lástima. Jane era una aliada poderosa, capaz de hacer cualquier cosa por la familia.

—Es viudo —reflexionó Jane, acariciando el collar de diamantes que lucía aquella noche—. Su esposa falleció de cáncer un año después de haber dado a luz a su hija. O, al menos, creo recordar que eso fue lo que sucedió.

Harriet frunció el entrecejo.

—Su padre murió hace dos años. Por lo que se ve, el duque ha sufrido un declive moral desde que heredó.

Jane suspiró.

—Supongo que es la forma de llevar el luto de algunos hombres.

—También podría ser su forma de celebrarlo —replicó Harriet—. No se le ve especialmente afligido esta noche, ¿verdad?

—No. —Jane enderezó la espalda como si con el gesto pretendiese sacudirse de encima aquel manto de tristeza que las había cubierto—. Pero no alcanzo a comprender sus sentimientos. Nadie en Londres ha visto jamás a su hija. Si tiene una hija que ha sido presentada en la corte, no he leído nada en la prensa. ¿Cuánto hace que murió su esposa?

—Cuatro o cinco años, me parece. Aunque solo me lo parece.

—En ese caso, la niña es demasiado pequeña para ser presentada en sociedad. Solo espero que... Bueno, la verdad es que no soy quién para meterme en esas cosas. El duque era muy joven para perder una esposa.

—¿Es realmente tan libertino como todo el mundo dice?

Jane entrecerró los ojos, reflexionando.

—Weed es quien me tiene al corriente de la moda y los chismorreos. Y dice que... —Jane se interrumpió, dejando en suspenso a Harriet. Weed era el mayordomo de la casa y el criado más querido e imponente de la familia—. Creo que me dijo que el duque estaba a punto de iniciar negociaciones con la señora Watson con el fin de conseguir una amante. No creo que se trate de simples especulaciones.

—Confío en que fuera solo un rumor —dijo Harriet—. ¿Quién le ha invitado?

—Grayson, por supuesto —dijo Jane.

—Charlotte se quedaría horrorizada si lo supiera.

Harriet notó la mirada de Jane fija en ella.

—Sí, seguro que sí.

—Me resulta asombroso, Harriet, mirarte y recordar la vida pintoresca que llevaste.

—Que no es nada en comparación con la tuya —dijo locuazmente Harriet.

—No estoy tan segura —replicó Jane—. Siempre me he mantenido dentro de los círculos aristocráticos. No, eso no es verdad. Me descarrié en un par de ocasiones entre la clase media, pero por mi esposo. Pero tú has pasado por todos los estratos sociales.

—Sí, cierto.

Harriet echó un vistazo a la multitud de invitados. Había hablado



más de lo que pretendía y Jane era cualquier cosa excepto corta de luces. De hecho, la cabeza de Jane solía elucubrar planes tortuosos, el más malicioso de los cuales había culminado con su boda con el marqués. Si Harriet no se andaba con cuidado, pronto acabaría engatusándola para que confesara que Charlotte llevaba un año admirando al duque.

—Imagino que mientras el duque se comporte adecuadamente durante la fiesta —dijo Jane—, no hay nada que temer. Charlotte no le permitirá acercarse a las chicas, y después de que la sobrina de tu esposo fuera raptada el año pasado, Grayson ha decidido conservar los servicios de sir Daniel para patrullar por nuestras residencias en aquellos momentos en que un malhechor pudiera pretender aprovecharse de...

Jane se interrumpió y respiró hondo. Harriet sabía por experiencia que Jane podía haber seguido hablando un buen rato con aquella energía, aunque nunca si su público no prestaba atención a lo que estaba diciendo. A Harriet le estaba resultando imposible apartar la vista de Charlotte y el duque. Y del duque y Charlotte. Devon, en medio de ambos, parecía invisible.

Jane se volvió hacia ella inesperadamente.

—Creo que habría que vigilar al duque, investigarlo incluso.

—Pero si acabas de decir que te da lástima.

—Sí, Harriet, pero eso que no me has dicho me lleva a pensar que debería estar más preocupada por Charlotte que apenada por el duque. La virtud de Charlotte sigue siendo una mercancía muy valiosa. Que una graduada acepte esta noche una propuesta de matrimonio es una cosa. Una buena cosa. Pero un bebé nacido de aquí nueve meses como consecuencia de una indiscreción en una alcoba es otra muy distinta. No lo toleraré. Hay que vigilar a ese duque. Y a Charlotte. Está tan concentrada controlando a sus chicas que parece haber olvidado que también ella es vulnerable.

—Dudo que corra peligro de ser seducida mientras nosotras sigamos observando desde aquí todos sus movimientos —dijo Harriet—. Y no creo que como resultado de mantener una conversación con el duque, acabe dándole un hijo a finales de año.

Jane iba a replicarle, pero se detuvo cuando en el otro extremo de la galería apareció un criado alto vestido con librea.

—¡Weed! Debes de haberme leído los pensamientos. Justo acabo

de recordar la conversación que mantuvimos el otro día acerca de Wynfield.

Weed saludó con una reverencia y lanzó una mirada irónica en dirección a Harriet. Jamás le permitiría olvidar que en una ocasión la sorprendió robando en la habitación de Jane, un crimen que al final fue lo que provocó su salvación, ya que como consecuencia de aquel hecho, la jovencita monstruosa se había transformado en una noble educada.

Weed, sin embargo, seguía siendo el sapo petulante que siempre había sido. No era solo el mayordomo, sino también el confidente de Jane, su asesor en moda y su socio en actividades casamenteras.

—¿En qué puedo servirle, señora? —preguntó con aquella voz tensa que parecía salirle por los orificios nasales.

—Voy a bajar para mezclarme un poco con los asistentes. Sé tan amable de recordarle a la señora O'Brien que vigile muy de cerca a Rowan. Mi hijo sigue sin desprenderse de la costumbre de abordar por sorpresa a los invitados con la espada.

—Sí, señora.

—Ah, y Weed, una cosa más en relación a nuestra anterior conversación. ¿Has oído algún rumor más acerca de Wynfield?

—Esta noche tiene una cita en Brutton Street con la cortesana que al parecer ha elegido como su próxima amante. Se llama Gabrielle «no sé qué» y tiene reputación de ser bella y de lo más inmoral. Ha destrozado varios matrimonios sin mostrar el más mínimo remordimiento por ello.

—Gracias, Weed. —Se giró hacia Harriet en cuanto el mayordomo se marchó—. Confirmado: es un duque. Viudo y rico.

—Es un auténtico demonio —añadió Harriet.

Los ojos verdes de Jane brillaron de repente.

—Y parece estar consagrado a llevar la vida pecaminosa y superficial de un sinvergüenza consagrado.

—¿Y?

—Tendremos que mantenerlo lo más alejado posible. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, pero si Charlotte se entera de que hemos mantenido esta conversación, lo negaré todo.